Axel Honneth y Luc Boltanski. 'Sobre Sociología Política'

Mauro Basaure*

RESUMEN

En este artículo se realiza una reconstrucción de la teoría de las luchas por el reconocimiento, desarrollada por Axel Honneth, para mostrar que, por un lado, en ella se encuentra débilmente desarrollado un eje propiamente político-sociológico y, por otro, los desarrollos de este eje no coinciden con el fundamento normativo que caracteriza de modo general dicha teoría. En base a este diagnóstico, investigo la contribución que la sociología pragmática de Luc Boltanski y Laurent Thévenot puede hacer a la fortificación de esta dimensión sociológico-política, precisamente a partir de una perspectiva de sociología que reconstruye las dimensiones normativas de la praxis política. Para ello reconstruyo parte importante de la sociología pragmatista de la crítica desarrollada por estos autores. Termino mostrando en qué sentido el puente entre estas dos perspectivas, la de la teoría del reconocimiento y la de la sociología de la crítica, abre a un espacio de investigación sobre las consecuencias del éxito o del fracaso de las luchas sociales.

PALABRAS CLAVE

Teoría del reconocimiento, sociología de la crítica, sociología política, luchas sociales, denuncia pública.

* Chileno. Doctor en Filosofía, Johann Wolfgang Goethe-Universität. Director Programa de Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual, Universidad Andrés Bello e Investigador asociado del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, COES. E-Mail: mauro.basaure@gmail.com. Proyectos de Investigación: Fondecyt 1140344; Fondecyt 1150790; Conicyt/Fondap/15130009. Una primera versión de este artículo fue publicado originalmente en *European Journal of Social Theory*, 2011, vol. 14 no. 3 263-281.

ABSTRACT

Axel Honneth's development of the Frankfurt School's Critical Social Theory has increased the amount of attention that is paid to the dimension of political praxis by emphasizing the social struggle for recognition. Nevertheless, the political-sociological axis of this tradition remains relatively unexplored and unclear. Taking this as a starting point, I investigate the contribution that the pragmatic sociology of Luc Boltanski and Laurent Thévenot could make to the fortification of this political dimension. I do this by tracing a line of argument through several of Boltanski's studies in the direction of a political-sociological axis. I show that this aspect of Boltanski's sociology can be understood as a very fruitful analysis of processes of political articulation that may help Critical Theory overcome a political deficiency

KEYWORDS

Recognition theory, sociology of critique, political sociology, social struggles, public denunciation.

Introducción

Una reconstrucción sistemática de la teoría de las luchas por el reconocimiento, desarrollada por Axel Honneth (1992), permite identificar en ella dos grandes ejes argumentativos íntimamente relacionados: uno *explicativo sociológico moral* y otro *reconstructivo histórico filosófico* (Basaure, 2011abc). El primero de ellos representa el esfuerzo conceptual por proporcionar una explicación de los motivos morales de la acción subjetiva que están en la base de las luchas sociales. A partir de una relectura de Hegel y Mead, en esa teoría Honneth se concentra, por un lado, efectivamente en una *explicación moral sociológica* no utilitarista de los conflictos sociales, según la que los motivos para iniciar o comprometerse en luchas sociales pueden ser retrotraídos a experiencias de falta de reconocimiento causantes de sentimientos morales negativos. El carácter objetivo y cognitivo de estos sentimientos reside en el hecho de que ellos expresan, a nivel subjetivo, el quebrantamiento del sistema de expectativas recíprocas de comportamiento, basado en valores anclados en estructuras intersubjetivas de reconocimiento mutuo sobre las cuales se sustentaría la formación y desarrollo de la identidad de las personas. Un daño al nivel de tales estructuras —por decirlo de otro modo— es resentido al nivel de la subjetividad en términos de sentimientos morales negativos, los que a su vez estarían potencialmente en la base motivacional de las luchas sociales.

El *eje reconstructivo histórico filosófico*, por otro lado, se orienta a la propuesta de un marco de interpretación histórica de un proceso de construcción moral, al interior del cual las luchas específicas y concretas puedan ser inscritas como momentos de un proceso mayor de desarrollo y aprendizaje moral. De este modo tales luchas pierden su carácter puramente

contingente, o de meros episodios no vinculados entre ellos, y son entendidas en el contexto de un despliegue y ampliación histórica de las estructuras morales del reconocimiento recíproco (Honneth, 1984a, 1992; Honneth et al, 2009). Ambos ejes, cabe destacar, asumen una perspectiva moral y, como digo, se encuentran íntimamente relacionados: dado que las luchas sociales, motivadas moralmente, desarrollan y amplían las estructuras morales de reconocimiento recíproco, esas luchas serían conducidas en la historia implicando niveles de inclusión cada vez mayores, niveles de exigencias morales cada vez más altos.

Al interior del espacio conceptual constituido por los dos ejes mencionados, es posible diferenciar un *tercer eje* en la arquitectura conceptual de la mencionada teoría de Honneth, a saber: un *eje político sociológico*. Se trata de un eje cuyo ámbito de investigación es la tematización del fenómeno, altamente complejo y multidimensional, de la *lucha social en cuanto tal*, es decir, del concepto de *lucha en un sentido estricto*. En el *eje político sociológico* no se trata, por tanto, directamente de la explicación moral sociológica de los motivos de las luchas sociales, ni de la inscripción de éstas en un marco histórico filosófico de desarrollo moral. Ese eje no trata, por así decirlo, ni de las causas motivacionales de la lucha social ni de sus consecuencias para el despliegue del aprendizaje moral, sino que, por decirlo rápidamente, de los modos de construcción de colectivos en posición antagonista y de sus posibilidades de acceder al espacio público político, de intervenir en él y de transformar las categorías sociales, las orientaciones de valor y las prácticas que regulan el reconocimiento social y de derechos de los individuos. Así concebido, ese *eje político sociológico* se inserta, por tanto, *entre* el *eje explicativo sociológico moral* y el *reconstructivo histórico filosófico* (Basaure, 2011a, b, c).

Afirmo que el *eje político sociológico*, sin embargo, no se encuentra debidamente desarrollado en la obra de Honneth. Él, por así decirlo, no posee una teoría desarrollada de las luchas sociales en cuanto tales (Basaure, 2011a, b, c). Al mismo tiempo, sin embargo, no sería exacto, o justo si se quiere, el no reconocer que Honneth ha proporcionado ciertos elementos que —aun cuando sea de manera embrionaria— pueden ser reconstruidos de modo tal que ellos aparezcan como sustentando lo que yo identifico como un *eje político sociológico*. Ahora bien, esos elementos político sociológicos poseen una característica bien específica: para desarrollarlos, Honneth (1984b, 1992; Honneth & Fraser, 2003) se apoya fundamentalmente en la sociología política de Pierre Bourdieu. Este recurso a Bourdieu es sintomático de lo que percibo como un dualismo paradigmático al interior de la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth: mientras que los ejes centrales y más desarrollados de su teoría —el *explicativo sociológico moral* y el *reconstructivo histórico filosófico*— son desarrollados asumiendo una perspectiva decididamente moral, el eje menos desarrollado de esa teoría, el *político sociológico*, al anclarse en la sociología política de Bourdieu, asume presupuestos teórico sociales no anclados a una perspectiva de sociología moral. Mi tesis hasta aquí es, por tanto, doble: por un lado, señalo que en la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth el *eje político sociológico* se encuentra subdesarrollado y, por otro, que los desarrollos embrionarios de ese eje responden a una perspectiva distinta, no moral, a la que caracteriza los ejes nucleares de dicha teoría.

Este segundo término de mi tesis —que acusa un dualismo paradigmático en la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth— puede ser identificado, de modo inmanente, con relativa facilidad en el modo mismo en que Honneth se refiere a la obra de Bourdieu. Por un lado, argumentando en función del eje *explicativo sociológico moral*, Honneth (1984b) rechaza

el núcleo utilitarista que caracterizaría la teoría de las formas específicas de capital distribuido desigualmente, desarrollada por Bourdieu (1982; Bourdieu & Wacquant, 1992). En ese ámbito, referido a la explicación de las motivaciones de la acción contestataria, Honneth hace valer la noción de una 'gramática moral' contra toda explicación puramente utilitarista de tales motivaciones (Honneth, 1984b, 1992). Por otro lado, sin embargo, argumentando ahora en función de lo que yo identifico como el *eje político sociológico* de su obra, Honneth (1984b, 1992; Honneth & Fraser, 2003) recurre a la sociología política de Bourdieu de manera puramente afirmativa. Dicho de otro modo, mientras que ahí donde se trata de la *explicación moral de las motivaciones de la acción* Honneth rechaza la sociología de Bourdieu, ahí donde se trata de comprender el *cómo de las luchas*, él asume íntegramente la sociología política de Bourdieu, en cuyo sistema conceptual —que constituye finalmente una generalización del modelo económico clásico— la dimensión moral de la acción no encuentra verdaderamente ningún lugar.

Se produce así un dualismo paradigmático entre sociología moral y sociología política, respecto del cual el propio Honneth no parece ser consciente. Efectivamente, se consolida la siguiente figura dualista de la relación entre objeto de estudio, por un lado, y disciplina, por el otro: mientras que los *ámbitos objetuales* relativos a las motivaciones de las luchas sociales y a las consecuencias histórico-filosóficas de esas luchas quedan referidos a los límites estrictos de una *sociología moral*, aquel ámbito concerniente a los *modos de articulación política y de la construcción de colectivos* antagonistas será confinado a los límites estrictos de una *sociología política*, desentendida de la dimensión moral normativa de la acción social.

Tras haber identificado este dualismo paradigmático en la obra de Honneth, me planteo aquí la pregunta fundamental sobre en qué medida es

también posible adoptar una perspectiva de sociología normativa, que admita la relevancia del fenómeno moral, al interior del *eje político sociológico* de una teoría de las luchas sociales. La pregunta es, dicho de otro modo, en qué medida es posible contribuir a resolver el dualismo paradigmático presente en la Teoría Crítica sobre las luchas sociales por el reconocimiento desarrollada por Honneth. Considero que ciertas herramientas conceptuales y empíricas, proporcionadas por la sociología política y moral de Luc Boltanski, resultan especialmente adecuadas para explorar —aun cuando sea de manera tentativa— una respuesta posible a esa pregunta.

De la sociología política a la sociología política y moral

Cabe aquí continuar mi análisis intentando identificar rápidamente ciertas homologías y diferencias entre la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth y la sociología pragmatista de Boltanski. Daré este paso en base a los tres ejes con que he reconstruido arriba la teoría de Honneth: el *explicativo sociológico moral*, el *político sociológico* y el *reconstructivo histórico filosófico*. Tomando esa triple perspectiva, lo primero que se hace evidente es que la sociología política y moral de Boltanski no sólo no dispone, sino que además rechaza la alternativa de proponer un horizonte normativo basado en el desarrollo de la razón en la historia; en mis términos, no posee ningún *eje reconstructivo histórico filosófico*. Efectivamente, alejados del paradigma hegeliano de izquierdas, ni Boltanski ni sus colegas se plantean la cuestión de las consecuencias históricas de los conflictos sociales en términos de un desarrollo y aprendizaje moral. No me es posible aquí, sin embargo, ahondar en esta diferencia sustantiva y radical entre la teoría del reconocimiento de Honneth —basada fuertemente en la filosofía

de Hegel y en una interpretación histórico normativo-moral de la sociología de Durkheim y de Parsons— y la sociología política y moral pragmatista de Boltanski. De ello obtengo simplemente la consecuencia, de orden conceptual arquitectónico, de que, desde el punto de vista de mis objetivos, resulta más adecuado el concentrarse en los dos ejes restantes: el *explicativo sociológico moral* y el *político sociológico*.

Sin poder entrar aquí en mayores detalles, respecto del *eje explicativo sociológico moral*, cabe decir lo siguiente: Pese a grandes diferencias de orden social ontológico, la sociología moral de Habermas y de Honneth comparten con la sociología pragmatista de Boltanski y Thévenot una noción cognitivista de los sentimientos morales: sentimientos de injusticia podrían ser retrotraídos a la noción elemental de un irrespeto respecto de determinadas reglas gramático-morales estructurantes de las formas de coordinación social. En un caso, en una herencia hegeliano durkheimiana, esa gramática está constituida por las estructuras de valores reconocidas intersubjetivamente que funge como un contrato implícito de la vida social (Habermas, 1983; Honneth, 1984a, 1992) y, en el otro, por regímenes de justificación, diferenciables en términos de *ciudades (cités)*¹ y, por así decirlo, por una referencia 'adecuada' a ellos por parte de los actores (Boltanski & Thévenot, 1991). En ambos casos, el carácter cognitivista de los sentimientos morales hace valer a estos sentimientos como formas ordinarias de juicio moral sobre situaciones de injusticia y como fuente

¹ Cito aquí en extenso la instructiva nota del traductor al español del texto de Boltanski y Chiapello (1999) *Le nouvel esprit du capitalisme*. 'Hemos decidido traducir el término francés de *cité* por el de *ciudad*. No obstante, conviene matizar que dicho concepto no es equiparable al de ciudad actual (que en francés suele expresarse con el término de *ville*). El término *cité* es un término acuñado a finales del siglo XI (*citet*) proveniente del latín (*civitas, civitatis*) que hacía referencia a toda ciudad importante pero considerada fundamentalmente como persona moral. De él se deriva, de hecho, el concepto de *droit de cité* [derecho de ciudadanía]. El concepto de *cité* ha sido empleado asimismo para referirse al Estado desde un punto de vista jurídico, a una comunidad política o a una república (1630), así como para toda construcción ideal como la *Ciudad de Dios* de San Agustín, *La Cité des dammes* de Christine de Pisan [...] [N. del T.]' (Boltanski/Chiapello, 2002: 29).

potencial de una acción crítico-contestataria, a través de la cual pueden llegar a expresarse dichos sentimientos.

Cabe aquí especificar un poco más lo que concibo como el *eje explicativo sociológico moral* de la sociología pragmatista de Boltanski y Thévenot. Efectivamente, sobre la base de una tesis pluralista —pero no culturalista— de los valores, Boltanski y Thévenot (1991) proporcionan una descripción sistemática del origen motivacional de los sentimientos de indignación frente a situaciones cotidianas consideradas como injustas. Los actores poseerían un sentido ordinario de la justicia, una capacidad o un saber sobre aquello que es justo y adecuado, de modo que el sentimiento negativo al estar frente a una injusticia tiene su origen en una irritación de ese sentido. El sentido ordinario de la justicia supone un orden moral ideal, reconstruible en términos de regímenes de justificación. Una especificidad del modelo de Boltanski y Thévenot reside en el hecho de que la propia pluralidad de órdenes de valor es parte del modelo explicativo de los sentimientos morales. Efectivamente, una forma específica de provocación de un sentimiento de injusticia la constituye aquello que es considerado una transgresión de los límites adecuados que, según el sentido ordinario de la justicia, debe respetar cada orden de justificación. Ahora bien, como es evidente, no cambia en absoluto la perspectiva racional cognitivista que, según mi reconstrucción, está a la base de la concepción de los sentimientos morales en el modelo del sentido ordinario de la justicia y que constituye un paralelo substantivo entre dicho modelo y la teoría del reconocimiento de Honneth.

De manera bien distinta a las teorías de la diferenciación de esferas de justicia de Walzer o de Boltanski y Thévenot, Honneth diferencia tres esferas del reconocimiento: la del amor (*Liebe*), la de la valoración social (*soziale Wertschätzung*) y la del derecho (*Recht*). No puedo detenerme aquí en la exploración de las homologías y diferencias entre estas teorías de las esferas

de justicia. Para plausibilizar mi argumento, sin embargo, cabe remitirse al trabajo de Paul Ricœur (2004). Éste ha visto acertadamente en el trabajo de Boltanski y Thévenot (1991) una posibilidad de diferenciar internamente, en diferentes ciudades, la esfera de la valoración social identificada por Honneth: la noción de mérito² (*Leistung*) individual puede ser referida a seis principios de equivalencia distintos, a las seis ciudades identificadas por Boltanski y Thévenot. Del mismo modo se diferenciarían los ordenes jerárquicos legítimos en que los sujetos podrían ordenarse y, con ello, las críticas frente a ordenes considerados ilegítimos. Baste esto para volver sobre mi argumento. Citando este paralelismo, en tanto que una referencia específica, él me sirve para afianzar la idea de que en base a una concepción equivalente de referentes normativo-morales, las dos teorías citadas pueden concebir, bajo una perspectiva moral, el hecho de que las motivaciones de la crítica social encuentran su origen en aquello que irrita negativamente un sentido ordinario de justicia. La relevancia de atestiguar esto reside en el hecho de que, a mi modo de ver, pese a las diferencias socio-ontológicas de las teorías citadas, una misma perspectiva cognitivista de los sentimientos morales se encuentra en el núcleo explicativo moral-sociológico de la crítica y de los conflictos sociales.

He atestiguado arriba la presencia del *eje explicativo sociológico moral* en la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth (1992) y el carácter vertebral de ese eje respecto de esa teoría. Mostré más tarde que ese eje está presente igualmente en el modelo del sentido ordinario de la justicia, desarrollado por Boltanski y Thévenot (1991). Cabe ahora hacer entrar en juego el *eje sociológico político* y observarlo tanto en relación a la mencionada teoría de Honneth, como en relación a la sociología

² Muy tempranamente Peter Wagner (1993) había hecho ver también, en una nota al pie de página, esta posibilidad.

pragmatista de Boltanski. Mediante un ejercicio analítico reconstructivo, he mostrado arriba que, en la obra de Honneth, por un lado, ese eje no se encuentra debidamente desarrollado y, por otro, su desarrollo relativamente rudimentario no responde a una perspectiva de sociología moral, cuestión que genera un cierto dualismo paradigmático al interior de su obra. En la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth todo ocurre como si la perspectiva moral no pudiese *ir más allá* del ámbito moral sociológico explicativo de las luchas sociales o, dicho de otro modo, como si esa perspectiva no pudiese *penetrar* verdaderamente en el ámbito relativo al estudio de las luchas políticas, sus precondiciones y sus formas de constitución (Basaure, 2011abc). Mi tesis en este punto es que esto es distinto en el caso de la sociología política y moral de Boltanski: en ella el ámbito de estudio de las precondiciones pragmáticas de la acción política también es tratado con la ayuda de un utillaje conceptual abierto a la dimensión moral de la acción; en ella, dicho de otro modo, el *eje político sociológico* adopta también una perspectiva normativa en la que el fenómeno moral encuentra un lugar. Con ello se genera una perspectiva unitaria: si bien Boltanski no dispone de un *eje reconstructivo histórico filosófico* —cuestión que, más que una falencia, constituye simplemente una característica—, los otros dos ejes, el *explicativo sociológico moral* y el *sociológico político* asumen —ambos por igual, aunque de manera distinta— una perspectiva que incorpora el aspecto de la moralidad de la experiencia, de la acción y del juicio. De este modo, dichos ejes no responden a asociaciones paradigmáticas dualistas, sino que a una perspectiva unitaria: no sólo el *eje explicativo moral sociológico* de las motivaciones de la crítica y de las luchas sociales responde a una perspectiva de sociología normativo-moral, sino que también el *eje sociológico político*. En este sentido, cabe hablar en adelante respecto de la sociología de Boltanski, no

sólo de un *eje sociológico político*, sino que, más correctamente, de un *eje sociológico político y moral*.³ Mi tesis en este punto es que la posibilidad de una perspectiva tal —a partir de la cual se abordan *tanto* cuestiones relativas a las causas morales de los sentimientos de injusticia *como* aquellas concernientes a los modos de coordinación y convergencia política— reside en la afirmación de un mismo postulado: las prácticas sociales y los juicios sobre esas prácticas se encuentran gobernadas, de manera no determinista, por una normatividad implícita reconstruible, por parte del sociólogo, en términos de gramáticas de la acción moral y política. Esta es una de las riquezas, raras e inexploradas, de la imaginación sociológica de Boltanski que pretendo aquí sondear y exponer.

Normatividad immanente del juicio político y moral

Arriba ya me he referido ligeramente al *eje explicativo sociológico moral* en el modelo de las economías del valor. En él, aquello que es concebido como un sentido ordinario de la justicia, poseído por los actores, supone la representación de una pluralidad de formas de bien común que, en tanto que principios de equivalencia, son al mismo tiempo formas de grandeza (*grandeur*).

Como ya he señalado, la propia noción de pluralidad de formas de bien común y de grandeza hace parte del modelo *explicativo sociológico moral*. Esto al menos en dos sentidos: en primer lugar, en el sentido de que los sentimientos morales de injusticia serían suscitados por la confusión entre órdenes de justicia diferentes. Ejemplo característico de ello —el que además

³ Habiéndose distanciado de manera decidida de la sociología de Pierre Bourdieu, el grupo de investigación que Boltanski, Laurent Thévenot fundasen a mitad de los años 80s lleva el nombre de *Groupe de Sociologie Politique et Morale* (GSPM). En función de lo que aquí planteo, la conjunción 'y' (*et*) adquiere un valor sistemático.

permite ver la semejanza con el modelo de las esferas de la justicia de Walzer⁴—es el recurso a formas de calificación y de justificación de orden mercantil más allá de los límites que, para los actores, resulta adecuado o pertinente (Boltanski/Thévenot, 1991). La pregunta elemental, en torno a la cual se desarrolla el conflicto, es ahí: qué principio de grandeza debe ordenar una situación, es decir, en base a qué principio, debe ser medida la grandeza de los sujetos. Ahora bien, una segunda pregunta elemental sobre la cual también gira el conflicto entre actores, refiere a las pruebas (*épreuves*), mediante las cuales es posible realizar una medición tal de grandezas y, por tanto, a los resultados de dichas pruebas. De este modo, en segundo lugar, la pluralidad de formas de bien común y de grandeza hace parte del modelo *explicativo sociológico moral*, en el sentido de que los sentimientos morales de injusticia encuentran también su origen ahí donde se detecta la corrupción de las pruebas de grandeza (*épreuves de grandeur*), producto de lo que Boltanski y Thévenot llaman una transferencia de grandezas o de miseria (*transport de grandeur o transport de misère*). Frente al sentido ordinario de la justicia, serán calificadas como injustas aquellas pruebas respecto de las que se considere: que las personas han sido *beneficiadas* por grandezas pertinentes en otras ciudades —de modo que la crítica será ahí una crítica a los *privilegios*— o que la *miseria* de una persona en otro mundo o ciudad ha afectado su rendimiento en la prueba en cuestión —de modo que la denuncia o crítica se referirá, en ese caso, al hecho de que la persona afectada ha afrontado la prueba en condiciones de desventaja (Boltanski/Thévenot, 1991).

Mi intención no es aquí, por cierto, presentar en detalle el modelo de las economías del valor. Importante para mí es solamente afirmar que el *eje explicativo sociológico moral* de ese modelo se basa en la afirmación de

⁴ Esas semejanzas no deben oscurecer las grandes diferencias entre ambos modelos de la justicia. Para una primera revisión de tales semejanzas y diferencias, ver Ricœur (1995)

la existencia de un sentido ordinario de la justicia poseído por los actores y que ese sentido refiere a una normatividad inmanente a las prácticas sociales. Esa normatividad sería reconstruible en términos de una gramática moral, la que, como tal, se hace empíricamente evidenciable en el modo en que los actores argumentan en función de criticar o justificar sus acciones ahí donde tienen lugar disputas sobre la justicia del orden social dado. Al igual que en el modelo de Honneth, la gramática moral se hace evidenciable sólo a través de la negatividad de lo social, del conflicto. Cabe aquí insistir en lo siguiente: el juicio crítico de los actores, potencialmente conducente a una práctica antagonista, puede ser explicado con la ayuda de una concepción cognitivista de los sentimientos morales, en el sentido de que éstos constituyen la respuesta subjetiva típica a la trasgresión de un sentido ordinario de justicia anclado a una representación colectiva plural del bien común. De este modo, sentimientos morales son formas de juicio y esos juicios se basan en un saber colectivo pre-teórico que constituye una normatividad moral inmanente a las prácticas sociales.

Lo anterior es relevante en la medida que me ayuda a abordar el centro de mi argumento. Postulo que, si el *eje político y moral sociológico* de una teoría de las luchas sociales puede ser efectivamente concebido de modo tal que él aparezca asumiendo una perspectiva sociológico-normativa abierta al fenómeno moral, ello tiene que deberse a que en dicho eje —al igual que en el *eje explicativo sociológico moral*— también es pertinente la noción de una normatividad inmanente a las prácticas sociales.

Para sustentar este postulado considero que es fundamental, por un lado, establecer una distinción analítica elemental al interior del ámbito objetual que he definido arriba como propio del *eje político sociológico*, a saber: el ámbito concerniente a los modos de articulación política y de la construcción de colectivos en posición antagonista. Por otro lado, me

parece también necesario introducir en este punto la diferencia, entre los actantes Alter y Ego, propia al vocabulario conceptual de las teorías de la coordinación social. Se trata de una distinción entre la *exteriorización práctico lingüística* por parte de Ego de un sentimiento moral negativo basado en una experiencia de sufrimiento o de injusticia, por una parte, y aquél momento de *juicio evaluativo* con que Alter reacciona frente a una tal exteriorización y en base a ello se predispone, o no, a una convergencia política con Ego.

En el estudio del mencionado ámbito sociológico político muchas veces se considera solamente la exteriorización de la crítica social, refiriéndose a las prácticas y estrategias de autopromoción y al trabajo autoreferido orientado a que una demanda de justicia sea reconocida públicamente. Siendo esta dimensión esencial, ella refiere sólo a un aspecto del fenómeno de la coordinación política, a saber, las propuestas o prácticas políticas de Ego, por decirlo analíticamente. Pero con su exteriorización subjetiva a través de las prácticas de la denuncia, los sentimientos morales entran en el mundo de los otros seres y debe someterse a las reglas objetivas de ese mundo y al juicio que reina en él y, por tanto, correr el riesgo de la descalificación, el riesgo del infortunio y de la calamidad de lo finito, para decirlo en los términos de Hegel (Basaure, 2006). De este modo, el otro aspecto de la coordinación política que es necesario considerar es el juicio de Alter sobre las propuestas o prácticas expresivas de Ego.

En base a esta argumentación, puedo especificar el problema elemental de la sociología política y moral de Boltanski en términos de la problemática de la aceptabilidad pública de las acciones que expresan sentimientos de injusticia y, con ello, de las posibilidades de que expresiones práctico-lingüísticas de sentimientos de injusticia puedan ser generalizadas y acceder al espacio público político siendo representadas por colectivos en posición

antagonista. De este modo, según mi reconstrucción, dicha sociología política y moral trasladará el problema central del ámbito sociológico político a la relación entre las prácticas de la crítica y los juicios sobre esas prácticas. En base a lo anterior, puedo afirmar ahora lo siguiente: introduciendo en el campo analítico conceptual de la sociología política el juicio de Alter sobre las prácticas crítico expresivas de Ego, se podrá introducir una perspectiva sociológico-normativa, abierta al fenómeno de la moral, al interior de ese campo. La razón de ello es que dicha perspectiva puede ser anclada al estudio de los referentes normativos inmanentes que gobiernan dicho juicio. Dos pasos argumentativos resultan, por tanto, fundamentales para que el *eje político sociológico* pueda dejar su determinación puramente política — como es evidenciable en la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth— y devenir un *eje político y moral sociológico*.

En *primer lugar*, como he dicho, debe ser introducida la cuestión del juicio evaluativo sobre las prácticas de la crítica. Mi tesis reconstructiva se puede expresar también del siguiente modo: ahí donde *no sólo* se consideran los sentimientos morales y el cómo ellos son exteriorizados de modo práctico lingüístico, *sino que además* el cómo esa exteriorización es evaluada desde el punto de vista de la conciencia moral pública y el cómo esa evaluación posibilita, o no, una convergencia política entre actores no unidos previamente por un lazo social de orden doméstico, ahí puede entrar en juego la dimensión normativa y moral en el ámbito de las formas de convergencia, coordinación y articulación política, es decir, en el ámbito objetual del *eje político sociológico*.

Lo anterior resulta, sin embargo, incompleto si, en *segundo lugar*, no se establece la tesis adicional y fundamental de que un tal juicio evaluativo, lejos de ser arbitrario, responde a una cierta normatividad implícita, a una forma de saber colectivo pre-teórico o inconsciente. En función de esta

tesis, el juicio evaluativo puede ser referido a representaciones estabilizadas intersubjetivamente, y en este sentido objetivas. La noción de normatividad puede ser concebida, además, como moral en el sentido estricto de que ella refiere a exigencias pragmáticas de aceptabilidad que, a través del juicio evaluativo de los otros, se les imponen a las pretensiones de validez, expresadas por los actores en sus críticas y las denuncias, al modo de pruebas objetivas. Moralidad no refiere aquí, por tanto, a criterios más o menos formales, exteriores a las prácticas sociales, en base a los cuales se evalúa la *justificabilidad* universal de pretensiones de validez discursivas, sino que refiere, más bien, al conjunto de principios normativos pre-teóricos que, al modo de un *sentido ordinario* de la aceptabilidad, gobiernan el juicio evaluativo de los actores cuando ellos se encuentran en la situación de tener que responder a propuestas de compromiso expresadas mediante la exteriorización práctico lingüística de sentimientos negativos de injusticia y sufrimiento.

Según mi reconstrucción analítica, la reunión de estos dos pasos constituye el núcleo más elemental del *eje político y moral sociológico* de la sociología pragmatista de Boltanski. En ese eje se tratará del estudio de la normatividad implícita que gobierna las prácticas y el juicio evaluativo de los actores ordinarios respecto de la aceptabilidad de propuestas de compromiso político. Se trata nuevamente aquí —como era el caso en el *eje explicativo sociológico moral* de la sociología de Boltanski— de un estudio que supone la gramaticalización de los fundamentos normativos del juicio ordinario. En el eje político y moral sociológico, sin embargo, ya no se trata directamente de la *gramática del sentido ordinario de justicia*, sino que más bien del *sentido ordinario de la aceptabilidad de la expresión de la crítica de la injusticia*, por así decirlo.

Condiciones de felicidad de la denuncia pública

A partir de lo anterior es posible entender por qué en el centro del *eje político y moral sociológico* de la sociología de la crítica de Boltanski no se encuentran simplemente las expresiones empíricas práctico lingüística de los sentimientos morales de Ego, ni tampoco únicamente los juicios empíricos evaluativos de Alter sobre esa expresión. Si estas prácticas y juicios constituyen el nivel empírico del ámbito de estudio de la sociología política y moral de Boltanski, existe en él, además, un nivel no empírico objetivo que gobierna, en un sentido estructural pero no determinista, la expresión de esas expresiones empíricas subjetivas: según mi perspectiva, el fin más fundamental de la investigación político y moral sociológica de Boltanski es *reconstruir la normatividad inmanente* o implícita, el *sentido ordinario*, que gobierna ese juicio evaluativo sobre esas prácticas expresivas y, de ese modo, las *condiciones de felicidad* pragmática de tales prácticas, para decirlo en los términos de la lingüística pragmática de Austin (1962). Ello implica, evidentemente, la posibilidad contraria, es decir, que tales prácticas no satisfagan las *condiciones pragmáticas de aceptabilidad* inmanentes al juicio evaluativo de un sujeto ordinario y, como producto de ello, sean considerados como ilegítimas, ilusorias, desequilibradas, etc.⁵

De este modo se hace evidente que, poniéndose como objetivo el acceso investigativo a las reglas objetivas inmanentes a los juicios y las

⁵ Este es uno de los pilares argumentativos que se puede encontrar en la sociología de Bruno Latour, quien, por ejemplo, en el caso de enunciados jurídicos, habla coherentemente tanto de las *conditions de félicité ou de infélicité* de ellos (Latour, 2002). El estudio de las *conditions of felicity* puede ser también vinculado a la noción de 'acción conveniente' (*action qui convient*), desarrollada por Laurent Thévenot (2001, 2006), para el estudio de la conveniencia o inconveniencia de acciones en situaciones de la vida social, que pueden ser descritas en términos de reglas o convenciones implícitas (ver: Breviglieri/Pattaroni/Stavo-Debaugé, 2004; Stavo-Debaugé, 2003).

prácticas sociales, debe ser concebible un *cuerpo empírico* a partir del cual se puedan reconstruir dichas reglas gramaticales implícitas, cuya existencia *no empírica* se postula. El mencionado cuerpo empírico fenomenológico en cuestión estará constituido por los *juicios evaluativos* de los propios actores ordinarios, de Alter, cuando ellos se ven en la situación concreta de tener que enjuiciar las prácticas de otros actores ordinarios, de Ego. Al igual que en el estudio sobre el sentido ordinario de la justicia (Boltanski & Thévenot, 1991), se trata aquí también de encontrar un acceso a aquello que es inconsciente o pre-teórico y no empírico o pre-científico, mediante el estudio de un cuerpo empírico conformado por prácticas intencionales. En este contexto encuentra su lugar el concepto de *gramática normativa* de las prácticas sociales. Como en el caso de la lingüística, el concepto de *gramática* refiere a un trabajo de sistematización paramétrica, realizado por el sociólogo, de un saber social pre-teórico, poseído por los actores ordinarios. Una gramática es una reconstrucción inmanente, empíricamente informada, consistente en una objetivación y exposición sistemática de los principios estructurantes de las formas de distinción, de diferenciación, de juicio que los actores ponen en juego en la vida cotidiana.⁶ No se trata de una invención o construcción externa de principios por parte del sociólogo o filósofo social, sino que es una reconstrucción inmanente, compleja que emprende el sociólogo a partir de las propias prácticas de los actores.

Más que una discusión puramente conceptual relativa al estatus ontológico de la mencionada normatividad, o a la relación entre regla y acción, o a las cuestiones epistemológicas involucradas con una perspectiva reconstructiva inmanente de este tipo, me parece más productivo e interesante el exponer

⁶ Nótese que una tal definición es casi un parafraseo del subtítulo de *The Theory of Moral Sentiments*, de Adam Smith (2007), un libro clave en la sociología pragmatista de Boltanski. Ese subtítulo reza: 'An Essay towards an Analysis of the Principles by which Men Naturally Judge Concerning the Conduct and Character, First of the Their Neighbours, and Afterwards of Themselves'.

la propuesta empírico investigativa específica que realiza Boltanski para abordar este trabajo de reconstrucción de la normatividad inmanente a las prácticas sociales. Para validar lo dicho hasta aquí, me concentraré ahora en un análisis sistemático de uno de los estudios empíricos claves de lo que yo llamo el *eje político y moral sociológico* de la obra de Boltanski: el estudio sobre la denuncia pública (Boltanski, 1984).⁷ Presentaré este estudio estrictamente en función de los aspectos reconstructivo-sistemáticos que he desarrollado arriba.

La pregunta central de *La Dénonciation* es: ¿cómo debe ser formulada una denuncia de injusticia para que ella sea juzgada por otros actores ordinarios imparciales siquiera como atendible —no necesariamente como fundada, legítima o verdadera—, en lugar de ser rechazada como ruido, en lugar de que ella se encuentre con la mera indiferencia de los otros o sea descalificada por ellos como una cuestión sin relevancia? Una gran cantidad de cartas de denuncia de todo tipo, es decir, muy heterogéneas, enviadas al diario francés *Le Monde* le sirvió a Boltanski como material empírico que daba cuenta de un sinnúmero de formas de exteriorización de un sentimiento de injusticia. Aplicando mi sistema reconstructivo, asocio aquí dichas formas de exteriorización con las expresiones críticas de Ego. Alter, por su parte, fue representado por un grupo de personas, de voluntarios, expuestas en la situación experimental de tener que evaluar esas cartas en una escala de 1 a 10, siendo la nota 10 correspondiente a una evaluación del autor como completamente desequilibrado y la nota 1 a una evaluación de él como completamente equilibrado. No todas las cartas puestas a disposición del

⁷ Se trata del estudio *La Dénonciation*. Publicado por primera vez en febrero de 1984, dicho trabajo será el último que Boltanski publicase en la revista fundada por Bourdieu, en cooperación con Boltanski, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Como si el propio nombre de Boltanski quedase proscrito en el círculo de investigadores que publica en *Actes*, las referencias o citas a su trabajo no son ahí sólo casi inexistentes, sino que referidas única y exclusivamente al periodo en que él estuvo cercano al círculo de Bourdieu. Lo mismo se evidencia al interior de la obra de Bourdieu.

juicio de Alter habían sido publicadas, precisamente por haber sido juzgadas, en su momento, por los periodistas a cargo, como no dignas de serlo. Una evaluación similar debía tener lugar ahora por sujetos comunes y corrientes. Quienes fueron convocados a evaluar la normalidad o anormalidad de los mensajes de denuncia no eran, no debían serlo, expertos de ningún tipo, ni psicólogos o psiquiatras ni científicos políticos, etc., sino que actores ordinarios, pues —como es característica metódica de la sociología de la crítica— no era el juicio experto lo que se proponía como objeto de estudio, sino el sentido común.

De este modo, Boltanski constaba, por un lado, con un gran número de ejemplos de prácticas de denuncias realizadas por Ego, cuya única característica común era que habían sido dirigidas como cartas de denuncias al diario y, por otro, con una variedad de juicios evaluativos realizados por Alter, cuantificados en una escala de normalidad. Siguiendo mi lógica reconstructiva, el paso siguiente debía consistir, por tanto, en vincular sistemáticamente las prácticas críticas con los juicios evaluativos sobre esas prácticas. Ello pues, a partir de vínculo debía ser posible para Boltanski obtener las reglas gramaticales que gobiernan el juicio de Alter. En el estudio sobre la denunciación, el objeto de estudio era específicamente el sentido ordinario de la normalidad de la denunciación. Efectivamente, de su análisis gramatical debían derivarse las reglas que guían los juicios empíricos de los actores sobre la normalidad o anormalidad de las prácticas de la crítica y, con ello, los imperativos que condicionan típicamente el éxito performativo de tales prácticas. Estos imperativos, a su vez, como me interesa recalcar, refieren a las condiciones epicéntricas de la coordinación política, en el sentido de que ellos gobiernan las condiciones impuestas por los actores para responder positivamente a las propuestas de compromiso que expresan las denuncias de injusticias. Llevando esto más allá, a un plano más general,

se puede hablar aquí de las condiciones impuestas a una denuncia para que ella pueda objetivarse como una causa y encarnarse en la discursividad antagonista de un grupo.

El trabajo de vincular sistemáticamente prácticas y juicios se orientaba a responder a la pregunta siguiente: ¿qué características tenían típicamente aquellas cartas que eran consideradas como anormales y aquellas que no lo eran? Según mi reconstrucción, ello se basa en la tesis cognitivista y realista de que el juicio ordinario de normalidad responde de manera estable a objetos con determinadas cualidades. El juicio ordinario responde a una estabilidad gramatical, es decir, lejos de ser arbitrario o puramente subjetivo, expresa un saber común no consciente poseído por todos los actores, que es tanto cognitivo como normativo. No sólo la capacidad de crítica, sino que también la de juicio sobre las prácticas de la crítica son bienes que la sociología de la crítica debe concebir como democráticamente distribuidos entre todos los actores.

Para responder a la pregunta recién mencionada, Boltanski se ayudó de un análisis estadístico. Ese análisis se basaba en dos ejes elementales: el primer de ellos establece un *continuum* que corre desde lo particular o individual a lo general o colectivo, cuestión con la cual Boltanski volvía a asumir la ontología no esencialista sobre los grupos sociales (Boltanski, 1982), según la que no cabe separar en términos estancos lo individual de lo colectivo, lo privado de lo público lo particular de lo general. El segundo eje establecía un *continuum* en función de los grados de proximidad entre los distintos actantes implicados en la denuncia, es decir, grados del tipo: el objeto de la injusticia que se denuncia es sí mismo, un miembro de la familia, un ser cercano o una persona o grupo respecto de cual no se tenía ninguna relación.

En base a estos dos ejes, Boltanski podía reconstruir la gramática del juicio sobre la normalidad de la denuncia del siguiente modo: en relación al primer eje, una denuncia gramaticalmente correcta, una buena denuncia pública, implica la realización de un trabajo de generalización (*monter en généralité*). La denuncia debe ser presentada de modo tal que ella no se refiere simplemente a un individuo singular y responda al interés de éste, sino que debe ser relevante y valer para todo un colectivo, para todos, cuestión que se expresará más tarde como exigencia de legitimidad de la *ciudad cívica*. Haciendo valer ahora el segundo eje, una denuncia gramaticalmente correcta será aquella en que los actantes participantes de la denuncia (la víctima, el culpable, el denunciador, el juez) se encuentren lo más distanciado posible entre ellos, dicho esto en contraste con la cercanía de lazos familiares, comunitarios, etc. Del mismo modo, por tanto, las denuncias gramaticalmente incorrectas —aquellas consideradas como anormales desde el punto de vista del juicio ordinario de la normalidad— son denuncias que no logran ser suficientemente generalizadas y en las que los actantes parecen encontrarse en una proximidad 'indebida'.

Ambos imperativos normativo-políticos —el de *generalización* y el de *distanciamiento*, por así llamarlos— se encontrarían relacionados: con su estudio, Boltanski logra determinar la dificultad típica de *generalizar* denuncias que no cumplen con el imperativo de *distanciamiento*. Boltanski observa empíricamente el carácter típicamente infructuoso del esfuerzo por validar denuncias en las que los actantes son demasiado próximos, familiar o comunitariamente, entre ellos (Boltanski, 1984). De esta constatación Boltanski obtiene 'además' los elementos para afirmar que todos los actores poseen el mismo sentido ordinario de la normalidad. Aquellos actores juzgados como anormales no poseerían un juicio atrofiado de la normalidad, por así decirlo. Esto me ha llevado a recurrir a las figuras actantes

elementales de Ego y Alter. No se trata de una diferencia cualitativa, relativa a la capacidad de juicio de Ego y Alter, la que se manifestaría en el hecho de que Ego no realice una 'buena' denuncia, para decirlo acentuando el carácter normativo de la problemática aquí en cuestión. Un error gramatical es un error respecto de la normatividad que se impone a las prácticas y que se expresa en el juicio ordinario de terceros. Ese error, por tanto, no depende de la capacidad de juicio de Ego, ni tampoco necesariamente del contenido, de la verdad objetiva de su denuncia, sino que de circunstancias formales y externas, sancionables normativamente: la demasía en proximidad entre los actantes, o el fracaso práctico en la tarea de generalizar una denuncia; fracaso que, a su vez, puede estar condicionado *categorialmente* por la mencionada demasía en proximidad, o *circunstancialmente* por dificultades de presentar a los otros una situación de injusticia, no como una cuestión particular o singular, relativa a un o a unos cuantos, sino como un ejemplo de un problema general, que atañe a todo el mundo.

El estudio sobre la denuncia se une así al de las causas y de grupos sociales, en el sentido que estos son concebidos en términos de grados de objetivación que pudiendo tener su epicentro generativo en denuncias de injusticia, en principio individuales, pueden alcanzar el estado de objetos sociales altamente permanentes y estables. El problema del juicio de normalidad se ubica en ese *continuum* y, si se quiere, en el epicentro comunicativo político en el que una práctica crítica se somete a los imperativos objetivos impuestos por los otros actores para ser convencidos de su relevancia, validez, legitimidad, etc.

Pese al carácter sintético de la reconstrucción arriba realizada, ella me permite ahora mostrar que el estudio sobre la denuncia pública puede ser interpretado como uno de los pilares fundamentales del eje político y moral sociológico de la obra de Boltanski.

Legitimidad, facticidad y admisibilidad de la crítica

Influenciado por la perspectiva etnometodológica de Bruno Latour (1979), Boltanski desarrolla, en su estudio sobre la denuncia, por primera vez la lógica de investigación social más elemental de la sociología de la crítica: en la consideración de los relatos de las denuncias Boltanski no buscará sumarse a la denuncia o desacreditarla, es decir, no buscará él mismo, en cuanto *sociólogo crítico*, tomar partido y mostrar quién tiene la razón, sino que más bien el *seguir a los actores* implicados en las situaciones de denuncia (Basaure, 2008), es decir, ubicarse en aquél punto común donde se reparten los roles, las acciones, las competencias que permiten la calificación y el enjuiciamiento de entidades (Latour, 1991). Esta noción de *seguir a los actores* no implica simplemente reconstruir sus prácticas político representativas históricamente dadas, sino que más bien los imperativos objetivos a los que los actores se someten cuando realizan una denuncia y se esfuerzan para que ella pueda ser generalizada. La especificidad de este estudio de Boltanski reside en el hecho de que en él entran en escena los imperativos práctico-normativos que pesan sobre las prácticas de la crítica y que regulan en cierta medida el acceso al mundo público de las reivindicaciones por las que ellas abogan. En una palabra, la especificidad de este estudio reside en la acentuación de la cuestión de la legitimidad de la acción política, cuestión que —según el marco interpretativo que aquí propongo— posibilita la incorporación de una perspectiva normativo moral al interior del eje político sociológico de una teoría de las luchas sociales.

La perspectiva que, según mi reconstrucción, adopta Boltanski a partir de su estudio sobre la denuncia pública podrá volverse a encontrar en sus estudios subsiguientes. Efectivamente, en ellos es posible volver a encontrar la pregunta elemental por las gramáticas normativas que, en el epicentro

de la política, sostienen el juicio evaluativo público acerca de *legitimidad*, la *facticidad* o, siquiera, la *admisibilidad* de la expresión de una crítica y, con ello, la posibilidad de que esa crítica esté en condiciones de acceder al mundo público, de elevarse en grados de generalización, que son también, como he dicho, grados de institucionalización y de condensación de objetos sociales. Propongo entender estas tres formas de juicio, *legitimidad*, la *facticidad* y *admisibilidad* como tres aspectos distintos de la justificación de la crítica, todos ellos reconstruibles de manera más o menos directa en función del estudio seminal de Boltanski sobre la denuncia pública.

Una primera cuestión que cabe señalar, y que concierne a la noción de justificabilidad en base a la legitimidad o validez moral de la denuncia, es que el estudio sobre la denuncia pública está en la base de la arquitectura del *modelo de ciudades* desarrollado por Boltanski y Thévenot (1991). Con ese estudio Boltanski aportó efectivamente un primer impulso para concebir la idea elemental de que la grandeza a la que pueden acceder las personas en la *ciudad cívica* (*cit civique*) (Boltanski/ Thévenot, 1991) está en relación directa con la capacidad que ellas demuestren de de-singularizar o de de-privatizar sus relaciones y, con ello, de encarnar y representar el interés general. De ahí que la crítica adopta ahí la forma de la denuncia de un *escndalo*, consistente en mostrar la 'verdadera naturaleza', la naturaleza domstica, de las relaciones entre las personas que, presentndose como pblicas y como procuradoras del bien comn, sirven en realidad a sus propios intereses privados, particulares, sectoriales, etc. Esa denuncia de una injusticia, dicho de otro modo, consiste en un esfuerzo por develar el *vnculo domstico* ah donde debiese gobernar el *vnculo pblico*, la adhesin al inters general y el respeto de la ley (Boltanski & Thvenot, 1991). Boltanski desprender de esta cuestin todo un programa de investigacin dedicado a la crtica en la forma del *escndalo* y del *affaire* (Boltanski & Clavierie,

2007). Cabe anotar aquí, además, que en el modelo de las economías del valor, esa construcción cívica rousseauiana no sólo servirá para concebir la arquitectura de la *ciudad cívica*, sino que también el modelo según el que, por analogía, todas las otras *ciudades* fueron concebidas. Los lazos sociales de dependencia, particulares y singularizados, característicos de la *ciudad doméstica* (*cité domestique*) —y que en *La denuncia* eran motivos de acusación— pasaban ahora, mediante un ejercicio de 'horizontalización', a conformar una ciudad paralela y en conflicto con la *ciudad cívica*. El vínculo doméstico no iba a ser ahora —en el modelo de las economías del valor, en contraste con lo planteado en *La Dénonciation*— simplemente la 'pequeñez' o miseria de la *ciudad cívica*, sino que el vínculo elemental de una ciudad en sí misma, la ciudad doméstica. En ese sentido, tanto la *ciudad doméstica* como la *ciudad cívica* encuentran directa o indirectamente su origen en el estudio sobre la denuncia.

Ahora bien, desde el punto de vista de mi reconstrucción, lo importante no es sólo el hecho de que la crítica de la injusticia *se exprese* en la forma de la denuncia e indignación frente al escándalo, sino que, fundamentalmente, el hecho de que ella misma, en tanto que crítica, se vea exigida de una justificación en función los principios morales de la *ciudad cívica*, es decir, en función de un *juicio evaluativo* basado en una exigencia de interés general y de bien común. Como se puede ver, este segundo terreno refiere a las condiciones de validez moral de una demanda de justicia. Efectivamente, la gramática normativo moral que sostiene el juicio evaluativo de Alter respecto de la *justificabilidad* de una denuncia se refiere precisamente al trabajo de generalización —o, si se quiere, de de-singularización— y de construcción de una referencia al interés general que ella debe estar en condiciones de rendir y transmitir, so pena de ser juzgada como ilegítima (Boltanski/Thévenot, 1991). Esta referencia al interés general estaría en la

base de la posibilidad de la generación de la coordinación y la convergencia política. En este sentido, *La Dénonciation* (Boltanski, 1984) representa el paso intermedio, si se quiere, entre el estudio sobre la construcción histórica de la categoría y del grupo de los *cadres* (Boltanski, 1982)⁸ y el modelo de las economías del valor (Boltanski & Thévenot, 1991), pues ahí están presentes de manera indisociable tanto la *cuestión relativa a la construcción de colectivos* como la referencia a la justificación de la crítica en función de principios de equivalencia propios a una *metafísica política de la justicia*. Boltanski lo expresa estableciendo la ‘hipótesis según la que la referencia a un interés general y el establecimiento de principios de equivalencia [...] exige un trabajo colectivo, la puesta en obra de tecnologías sociales particulares y la construcción de instituciones específicas’ (Boltanski, 1984: 15).

Con esta perspectiva, elaborada en el estudio sobre la denuncia, se introduce la cuestión de la justificabilidad o de la validez moral al interior mismo de la problemática de la construcción de colectivos. Eso es lo que yo asocio con el eje político y moral sociológico en la obra de Boltanski. Lejos de ser una cuestión de criterios formales orientado al juicio moral de las prácticas sociales, el sentido ordinario de la legitimidad moral de las prácticas constituye aquí un aspecto constitutivo de la posibilidad de la coordinación o, mejor dicho, a la objetivación de causas y de grupos en posición antagonista.

De lo anterior es posible derivar una *segunda cuestión*, relativa ahora a las exigencias de facticidad o, mejor dicho, de objetividad que se le imponen

⁸ La categoría de *cadre* no tiene un equivalente preciso en las clasificaciones sociales de tradiciones no francesas. Producto de este carácter específicamente francés, se ha preferido aquí mantener el original. Dado que el objetivo de la reconstrucción aquí propuesta es eminentemente conceptual — y no práctico — basta con dar por sentido dicho carácter. En el mundo anglosajón al menos tres categorías podrían coincidir con la de *cadres*: *executives*, *managers* y *professionals*. Un concepto más general que estos, y que podría aproximarse aún más, aunque siempre de manera insatisfactoria, es el de trabajadores de cuello blanco (*white-collar workers*). En alemán, *cadres* ha sido traducido como *Führungskräfte* (fuerza directiva) aunque el concepto *Angestellte* o *leitende Angestellte*, también podría aquí fungir como una traducción.

a la crítica. La teoría de la argumentación que está a la base del modelo de las economías del valor (Boltanski & Thévenot, 1991) supone un fuerte anclaje en la realidad y a los objetos. Boltanski y Thévenot oponen esta perspectiva realista a las teorías discursivas nacidas del *linguistic turn*. En específico, mediante ella ellos pretenden establecer una de las diferencias más sobresalientes entre su propia perspectiva y la de Habermas. Las pretensiones de validez respecto de estados de grandeza expresadas lingüísticamente, según ese modelo, deben ser puestas a prueba, las que pueden confirmar o negar dicha pretensión. Esas pruebas no sólo suponen la referencia a *principios de equivalencia*, propios a una esfera de justicia, sino que además de un universo de objetos, pertinentes a esas esferas, que permita contrastar las pretensiones de validez, elevadas por los actores, con el mundo real.

Ahora bien, la noción de *pruebas de realidad* (*épreuves de réalité*) no sólo iba a ser relevante en el modelo de justicia distributiva, en el sentido de una instancia de verificación de estados de grandeza en un orden jerárquico meritocrático, sino que también un aspecto central de la modelización de aquellos conflictos de justicia que —para diferenciarla de la justicia distributiva o meritocrática, propia al modelo de las economías del valor— cabe llamar penal y de reparación, en los que los actores buscan afianzar y justificar sus denuncias mediante la proporción de pruebas objetivas y sólidas (Boltanski, 1984). El juicio que está a la base de una aceptación racional de una propuesta de compromiso realizada en una lengua de justicia pasa también por un examen de pruebas materiales capaces de objetivar un juicio común sobre hechos en el mundo. El carácter pragmático de esta problemática se hace evidente ahí donde Boltanski, en su estudio sobre el sufrimiento a distancia (Boltanski, 1993), pone de manifiesto la difícil tarea, a la que se ven confrontados los actores, de objetivar un vínculo entre el sufrimiento del desdichado y los actos u omisiones de un tercero

responsable, es decir, de dar *pruebas de realidad* de su indignación. Esto pues, una condición del éxito pragmático de una causa dependerá típicamente del *grado de objetivación* que el hecho denunciado y el vínculo causal de responsabilidad pueda alcanzar. Ese grado dependerá de la convergencia de juicios respecto de esos hechos, convergencia que dependerá a su vez de que tales hechos puedan presentarse como equivalentes entre sí y como pruebas materiales de un discurso y, como tales, como exteriores a las meras emociones de las personas que realizan la denuncia. El régimen de justicia (Boltanski, 1990) reposa sobre una convención de objetividad (Boltanski, 1993). Una condición de éxito de la crítica de la injusticia, dicho de otro modo, dependerá típicamente del grado en que ella logra alejarse de la interioridad emotiva de las personas involucradas y, mediante el trabajo de construcción de equivalencias, estandarizar, de-subjetivar y estabilizar juicios comunes.

Por último, en *tercer lugar*, resulta relevante reconocer un rendimiento empírico conceptual suplementario, del estudio de Boltanski sobre la denuncia pública, concerniente a ahora a la dimensión de la admisibilidad más elemental de la crítica, cuestión a la que me he referido arriba en términos del juicio ordinario sobre la normalidad de la denuncia. Aunque directamente relacionado con el sentido ordinario de la justicia, ese rendimiento se puede diferenciar con relativa claridad respecto de lo dicho hasta aquí. Se trata de la cuestión más fundamental —en el sentido, si se quiere, de cronológicamente anterior o de su referencia a un nivel más elemental— relativa a la calificación de una denuncia como *normal*.

Como lo he mostrado arriba, el estudio sobre la denuncia ordinaria proporciona otro criterio de aceptabilidad de la crítica cuando ella es expuesta en términos de una propuesta de compromiso, a saber: no el que ella sea *legítima*, justa o *fácticamente contrastable*, sino el que sea

simplemente *admisible*, digna de atención, de escucha y de ser seguida. Para plantearlo de manera tajante: el que una prueba pueda siquiera llegar a ser exigida y así mismo considerada por quien o quienes reciben una propuesta de compromiso, basada en el testimonio de una injusticia, depende en último término, dice Boltanski, de que éste o éstos estén convencidos de que quien realiza esa propuesta no sólo reclama una cuestión justa, y dice la verdad, sino que además lo hace estando en su sano juicio o no, que es digno de ser escuchado o no, pues su palabra no es la de un ser paranoico —no es mero ruido, para decirlo en los términos de Rancière (Basaure, 2002)— sino que una voz racional. En *De la justification* la crítica es crítica admitida. Se asume que ella lo es, pues da lugar al conflicto y provoca la justificación frente a ella. En *La Dénonciation* es el propio estatus de admisibilidad de la crítica lo que está en juego, por así decirlo.

Analíticamente hablando, se está aquí, por ello, en la instancia más primordial del epicentro de la política. A partir de lo dicho arriba es posible establecer una diferenciación entre *pruebas de realidad* y *pruebas de normalidad*. La tesis de Boltanski en este punto es que las pruebas de realidad —dadas ya sea en el marco de un conflicto basado en críticas y de justificaciones o de su resolución (Boltanski & Thévenot, 1991), ya sea en el marco del intento de la activación de una sensibilidad política preestablecida mediante el testimonio sobre el sufrimiento (Boltanski, 1993)— suponen una prueba *anterior, más fundamental*, si se quiere, relativa a la normalidad de quien realiza una propuesta de compromiso mediante un testimonio de una situación de injusticia. Tal y como la he estructurado, esta reconstrucción me permite dar un paso final, más propositivo que conclusivo.

Sufrimiento moral y sufrimiento político

Me gustaría concluir haciendo referencia brevemente a un aspecto, en mi propio programa de investigación, que se deriva de la continuación del estudio de los vínculos sistemáticos entre lo que llamo el *eje explicativo moral sociológico* y el *eje político y moral sociológico* de una teoría de las luchas sociales; ejes que derivo a partir una reconstrucción tanto de la teoría de las luchas por el reconocimiento de Honneth como de la sociología pragmática de Boltanski.

Si la sociología de la crítica de este último eleva, sin duda, el grado de reflexividad de la práctica de la crítica, no hay motivo para pensar que no lo haga también respecto de la contra-crítica. Esta cuestión relativamente trivial pone en evidencia el hecho de que el lugar epicéntrico de la política es altamente incierto, en el sentido de que lo que está en juego es precisamente el hecho de que una denuncia crítica, en tanto que una propuesta de compromiso, consiga apoyo, y pueda generalizarse y acceder a grados mayores de publicidad, o no lo consiga.⁹ En el marco de un *continuum* — entre un extremo en el que las prácticas y los juicios son calificados como pertenecientes al orden de lo privado, de lo singular o particular y otro en el que ellas lo son en tanto que expresiones del interés público y general —, una denuncia específica puede elevarse potencialmente en la escala de generalidad al satisfacer pruebas de normalidad o de realidad y legitimidad moral hasta estatuirse como una causa general, un *public issue* (Mills, 1959), hasta poder formar un grupo estabilizado y reconocido o, por el contrario, permanecer como un *personal trouble* (Mills, 1959), ser reducida, y desaparecer, en la oscuridad fluida de lo privado, como una historia que

⁹ Para un ejemplo en que la casa editorial francesa, *Éditions de Minuit*, interviene capitalmente en la transformación de un caso de tortura en una causa cívica, ver: Simonin (1994)

no llega a constituir monumentos discursivos ni a ser motivo de archivo (Foucault, 1969). Con métodos y con una aproximación novedosa, Boltanski abre así la perspectiva de análisis de modo que en el campo de visibilidad sociológica no entran sólo aquellos objetos sociales con un alto grado de objetivación, sino que también aquellas historias de sufrimientos, muchas veces condenadas a la invisibilidad, pero para las cuales queda siempre abierta la puerta hacia el acontecimiento y hacia la posibilidad de ser el rumor o ruido inicial de lo que puede llegar a ser una tormenta (Foucault, 2004). El carácter profundamente político de la sociología de la crítica se expresa precisamente en esta concepción irreductiblemente indeterminista y anti-substantialista, aunque no arbitraria, del objeto de análisis.

Así entendido, este indeterminismo de la política va siempre asociado a la posibilidad de un sentimiento *extra*, propio al campo político, un sentimiento positivo en el caso de que la denuncia realizada llegue a ser reconocida públicamente o negativo en el caso de que sea rechazada. En un sentido similar a la tesis de Lemert (1951), Boltanski asume que aquél que realiza una crítica en un tiempo A puede manifestar rasgos efectivamente paranoicos en un tiempo B, sin que tales rasgos hayan estado presentes en el tiempo A: es el fracaso performativo de la crítica y el peso normativo que ese fracaso trae consigo aquello que acrecentaría las posibilidades de desarrollar *efectivamente* una actitud paranoica. Se trata en este caso, por así decirlo, de una paranoia causada por el fracaso político, por la 'crueldad' que puede ejercer la normatividad implícita del mundo público sobre los sujetos.

De esta cuestión he desprendido (Basaure 2001abc) la tesis de que existe un *sufrimiento propiamente político y moral*, diferenciable del *sufrimiento moral*, tratado en el marco del *eje explicativo moral sociológico* como fuente motivacional de la crítica. Se puede hablar, si se quiere, de la diferencia entre un *sufrimiento originario*, por así decirlo, que tiene un

carácter fundamentalmente moral —en el sentido de que él se retrotrae a una gramática moral, como es el caso, el más ejemplar, de la indignación moral frente a una injusticia (Honneth, 1992; Boltanski & Thévenot 1991)— y un *sufrimiento propiamente político y moral*, producido como consecuencia del fracaso performativo del acto político de realizar una propuesta de compromiso en base al testimonio del *sufrimiento moral*, es decir, del *sufrimiento originario*. En base a la analítica elemental de mi investigación, cabe decir que el *sufrimiento moral* u *originario* tiene un *locus* distinto al *sufrimiento político y moral*. Aquél es originario, en el sentido de que éste es posterior, pues se produce ahí donde se encuentra el reconocimiento público a una demanda de justicia, es decir, de un *sufrimiento moral*.

El aspecto más relevante de estas distinciones reside en las posibilidades que ellas abren a una profundización del estudio pragmatista del fenómeno de las luchas sociales. Esa profundización dice relación con en análisis conceptual y empírico de los efectos que las experiencias políticas de los actores, experiencias secundarias según mi análisis, tienen sobre las experiencias morales, primarias. El *sufrimiento propiamente político y moral* se suma al *sufrimiento moral originario*, dando lugar a la impotencia (Basaure, 2011abc). Pero lo mismo vale al revés: el éxito performativo de la crítica en el espacio político y moral viene a alivianar y a transformar el *sufrimiento originario*. Esto pues el mero hecho de que la expresión práctico lingüística del sufrimiento frente a una injusticia sea reconocida por otros como una expresión legítima, real y atendible es posiblemente ya la causa de un modo de reconocimiento *previo*, es decir, que *no es el resultado* objetivado de una lucha social, sino que representa un momento anterior, una suerte de felicidad anticipada experimentable en la vida política.

La relevancia de distinguir entre un *eje explicativo moral sociológico* y un *eje político y moral sociológico* no es, como se ve, puramente analítica.

Esa relevancia reside fundamentalmente en el hecho de que el primero de estos ejes, aquél relativo a las experiencias y los sentimientos morales negativos, no puede ser concebido como completamente independiente del segundo, pues —desde la perspectiva de una profundización de una perspectiva pragmatista para el análisis del epicentro de la política— las experiencias morales negativas parecen verse transformadas, aliviadas o agravadas, por las experiencias políticas de los sujetos.

Referencias

- Austin, J. (1962) *How to Do Things with Words*, Oxford, Oxford University Press.
- Basaure, M. (2002) 'Demostrar que no hay sino un Mundo. Igualdad y Política en Jacques Rancière', *Cuadernos Sociológicos*, 1: 279-312.
- Basaure, M. (2006) 'El Edipo y las Bases de una Sociología del Hecho en la Estética Hegeliana', *Ciencias Sociales Online*, 3, 2: 1-26.
- Basaure, M. (2008) 'Die pragmatistische Soziologie der Kritik heute. Luc Boltanski im Gespräch mit Mauro Basaure', *Berliner Journal für Soziologie*, 18(4): 1-23.
- Basaure, M. (2011a) 'In the Epicenter of Politics: Axel Honneth's Theory of the Struggles for Recognition and Luc Boltanski and Laurent Thévenot's Moral and Political Sociology', *European Journal of Social Theory*, 14(3): 263-281.
- Basaure, M. (2011b) 'Continuity through Rupture with the Frankfurt School: Axel Honneth's Theory of Recognition'. En G. Delanty y St. Turner (eds.), *Routledge International Handbook of Contemporary Social and Political Theory* (pp. 99-109), Routledge: Nueva York.

- Basaure, M. (2011c) 'The Grammar of an Ambivalence: On the Legacy of Pierre Bourdieu in the Critical Theory of Axel Honneth'. En S. Simon y B. Turner (eds.), *The Legacy of Pierre Bourdieu: Critical Essays* (pp. 203-222), Londres: Anthem Press.
- Bourdieu, P. (1982) *Langage et pouvoir symbolique*, Paris: Fayard.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant (1992). *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*, Paris: Éditions de seuil.
- Boltanski, L. (1982) *Les cadres. La formation d'un groupe social*, Paris: éditions de Minuit.
- Boltanski, L. (1984) 'La Dénonciation', *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 51: 3-46.
- Boltanski, L. (1990) *L'Amour et la Justice comme Compétences. Trois Essais de Sociologie de l'Action*, Paris: Métailié.
- Boltanski, L. (1993) *La souffrance à distance. Morale humanitaire, médias et politique*, Paris: Métailié.
- Boltanski, L. y L. Thévenot (1991) *De la justification. Les économies de la grandeur*, Paris: Gallimard.
- Boltanski, L. y É. Chiapello (1999) *Le nouvel esprit du capitalisme*, Paris: Gallimard.
- Boltanski, L. y E. Chiapello (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Akal.
- Boltanski, L. y E. Claverie (2007) 'Du monde social en tant que scène d'un procès', en L. Boltanski, E. Claverie, N. Offenstadt y S. van Dammem (eds.) *Affaires, scandales et grandes causes. De Socrate à Pinochet*, (pp. 395-452), Paris: Stock.
- Breviglieri, M., L. Pattaroni y J. Stavo-Debaugé (2004) 'Les choses dues. Propriétés, hospitalités et responsabilités. Ethnographie des parties communes de squats militants', mimeo, École des Hautes Études en Sciences Sociales.

- Foucault, M. (1969) *L'Archéologie du savoir*, Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2004) *Sécurité, Territoire, Population*, Paris: Gallimard.
- Habermas, J. (1983) *Moralbewußtsein und kommunikatives Handeln*, Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Honneth, A. (1984a) 'Moralischer Konsens und Unrechtsempfindung. Zu Barrington Moores Untersuchung über Ungerechtigkeit. Die sozialen Ursachen von Unterordnung und Widerstand', en VVAA, *Suhrkamp Wissenschaft. Weißes Programm im Frühjahr 1984. Ein Almanach* (pp. 108-114), Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Honneth, A. (1984b) 'Die zerrissene Welt der symbolischen Formen. Zum kultursoziologischen Werk Pierre Bourdieus', *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 36: 147-164.
- Honneth, A. (1992) *Kampf um Anerkennung. Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- Honneth, A. y N. Fraser (2003). *Umverteilung oder Anerkennung? Eine politisch-philosophische Kontroverse*, Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Honneth, A., M. Basaure, J.-P. Reemtsma y R. Willig (2009). *Erneuerung der Kritik. Axel Honneth im Gespräch*, Frankfurt/Main-New York: Campus.
- Latour, B. (2002) *La fabrique du droit. Une ethnographie du Conseil d'État*, Paris: La Découverte.
- Latour, B. y S. Woolgar (1979) *Laboratory Life: The Social Construction of Scientific Facts*, Beverly Hills: Sage.
- Latour, B. (1991), *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*, Paris: La Découverte.
- Lemert, E. (1951) *Social Pathology*, New York: McGraw-Hill.
- Mills, W. (1959) *The Sociological Imagination*, Oxford: Oxford University Press.

- Ricœur, P. (1995) *Le juste*, Paris: Esprit.
- Ricœur, P. (2004) *Parcours de la reconnaissance*. Trois études, Paris: Stock
- Simonin, A. (2002) *Les Éditions de Minuit, 1942-1955: le devoir d'insoumission*, Paris: IMEC.
- Smith, A. (2007) *The Theory of Moral Sentiments*, New York: Cosimo.
- Stavo-Debaugue, J. (2003): 'Tu ne catégoriseras point!', *Carnets de bord* 6: 19-37.
- Thévenot, L. (2001) 'Pragmatic regimes governing the engagement with the world', en K. Knorr-Cetina, Th. Schatzki y E. von Savigny (eds.) *The Practice Turn in Contemporary Theory* (56-73), London: Routledge.
- Thévenot, L. (2006) *L'action au pluriel. Sociologie des régimes d'engagement*, Paris: La découverte.
- Wagner, P. (1993) 'Die Soziologie der Genese sozialer Institutionen - Theoretische Perspektiven der ›neuen Sozialwissenschaften‹', *Zeitschrift für Soziologie*, 22(6): 464-476.